

Crónicas
de
la Era
Lunar

DIÁLOGOS DE CARMELITO: TRÁGICO DILEMA

Por PABLO DE LA HIGUERA

Francia: Primavera 1970. Animación pascual en las carreteras. A los embotellamientos normales por estas fechas se ha añadido uno nuevo: el embotellamiento contestatario. Los comerciantes, como los camioneros, como los agricultores, como los empleados de esto, de lo otro y de lo de más allá, no están contentos. Y bloquean la circulación. Es el otro Mayo francés. Tiene de común con el de verdad su olímpico desprecio de la ley y de la autoridad del Estado. Pero ahí se acabaron las comparaciones. Es, en realidad, el Mayo anti-Mayo, el Mayo de una sociedad en la que el individuo, por tener como primer motor vital y meta de llegada el beneficio económico, reclama una tajada cada vez más grande. Como se da la circunstancia de que el tal individuo (comerciante de París o carterero de Nueva York) se chupa el dedo cada vez menos, el problema es, capitalísticamente hablando, insoluble. Es fatal que se produzcan embotellamientos.

Ocurre que el embotellante y el embotellado pueden ser muy bien la misma persona. He aquí el trágico dilema que se le planteó al comerciante Jean Dupont, propietario de una furgoneta de trabajo con la que atacó la carretera y de un coche particular en el que quería salir de vacaciones.

JEAN DUPONT (Al volante de su automóvil, pegando un freno al darse de bruces con la furgoneta que él mismo había colocado previamente de través en la carretera).—¡Eh! ¡El de la furgoneta! ¡Que no puedo pasar! (Sale rápidamente del coche y se mete en la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS (En la furgoneta).—¿Y a mí qué si no puede pasar? ¡Para eso la pongo precisamente, para que no pueda pasar! ¡Vamos, hombre! (Sale rápidamente de la furgoneta y se mete en el coche.)

JEAN DUPONT (En el coche, tocando frenéticamente el claxon).—¡Clan! ¡Clann!... Era lo que me faltaba, después de la historia esta de la limitación de velocidad... ¡Esa furgoneta! ¡¡Clannnnn!! (Sale corriendo del coche y se mete en la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS (En plan sindical y razonador).—Camarada automovilista: le informo que estoy llevando a cabo una acción en defensa del gremio de pequeños comerciantes y por las libertades democráticas y la justicia social... (Sale corriendo de la furgoneta y se mete en el coche.)

JEAN DUPONT.—¡A otros con ese cuento! ¡A ver si resulta ahora que los comerciantes son socialistas! ¡Clann! ¡¡Clannnn!! (Sale corriendo hacia la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS.—¡Defendemos el pan de nuestros hijos contra el capitalismo de los grandes trusts!... (Sale corriendo hacia el coche.)

JEAN DUPONT.—¡Pues haber votado por las izquierdas! ¡No te joroba éste ahora! (Sale corriendo hacia la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS.—¡Yo voto por el orden! ¡Yo soy un patriota! (Canta): "Allons, enfants de

la Patrie...". (Sale hacia el coche.)

JEAN DUPONT (Tocando furiosamente la bocina).— ¡¡Clannn! ¡¡Clannnn! ¡Ni "enfants de la Patrie" ni nada! ¡Si vota por el orden, pues ahora se aguanta! ¡Y aparte ese cacharro en seguida! ¡No pretenderá que me pase las vacaciones hablando de política con usted en medio de la carretera! (Corre a la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS.—¡A mí sus vacaciones, plini! Y le diré más: ¡es usted el perfecto alienado de la sociedad de consumo! (Sale furiosísimo hacia el coche.)

JEAN DUPONT.—¡Alienado, su padre! (Sale corriendo hacia la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS.—¡Alienado y pequeño burgués! ¡Capitalista! ¡Viva la revolución! (Sale, muy agitado, hacia el coche.)

JEAN DUPONT.—¡Quieroirme de vacaciones! ¡Quieroirme de vacaciones! ¡Fuera esa furgoneta! ¡Clann!... ¡La revolución no pasará! (Sale, iracundo, hacia la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS.—¡El que no pasará es usted! (Excitadísimo, cantando la "Internacional"): "Es la lucha final...". (Se va al coche, transfigurado.)

JEAN DUPONT (En el colmo de la irritación).— ¡¡Clannn! ¡¡Clannnnnnn! ¡Mis vacaciones! ¡Que estoy perdiendo medio día! (Corre, jadeante, hacia la furgoneta.)

JEAN DUPONT BIS (Reflexionando, de pronto).— ¡Caramba, pues es verdad! (Retirando la furgoneta.) Bueno, por esta vez, paso... ¡Pero qué susto me he dado!

límites propios de una muestra necesariamente reducida y teóricamente representativa— hasta qué punto pervive, treinta y un años después de la Victoria, el conflicto civil. Hasta qué extremos ha seguido gravitando sobre la historia y sobre la intrahistoria españolas, más allá de la literatura de vencedores y vencidos. Y, en consecuencia, cuál será su posible proyección sobre el futuro.

Parece que un tema político de tal envergadura debiera estar más que clarificado a estas alturas. La vida política de una comunidad consiste, o debe consistir, en la explicación de todas sus tensiones y en los diversos programas y actos arbitrados para resolverlas. La política es, por definición, conflicto, programas o ideologías disyuntivas, proceso atento a los nuevos problemas creados por la solución de los antiguos. Un tema, pues, como el de la guerra civil debiera tener su público registro y haberse proyectado con precisión y explicitud sobre la vida española de los últimos años. La paradoja consiste en que esto era, a un tiempo, lo lógico y lo imposible. Porque habiendo llevado el viejo conflicto ideológico y socioeconómico español —¿cuándo empezó la historia de las dos Españas?— a los términos de lucha armada, de aspra y cruenta guerra civil, venía a establecerse el principio de la muerte definitiva de la parte derrotada. «Aquí yace media España, víctima de la otra media», escribía Larra en el siglo pasado.

De hecho, y las paradojas continúan, con esta liquidación radical

de la España derrotada, lo que ha sucedido es que la guerra civil se ha perpetuado, porque a todos los que hemos llegado después, sin sentirnos herederos de ninguna de las dos partes enfrentadas en la guerra, nos ha parecido que siempre había una voz en silencio.

El tema es difícil, porque envuelve biografías, asesinatos y experiencias personales definitivas. Sé muy bien, por ejemplo, que estas tímidas líneas podrían valerme la indignada reprimenda de muchos protagonistas de los dos bandos. Pero eso no contradice la absoluta necesidad de que hable de la guerra civil para valorar sus efectos en el proceso histórico y socioeconómico español, que analicemos su pervivencia desde ópticas que no estén emocional ni interesadamente afectadas por la victoria o la derrota. Es un tema que está ahí, sometido —una vez más— a la capacidad o incapacidad democrática de los españoles, y sobre el que el libro «Los españoles y la guerra civil» promete, si no cosas nuevas, sí cosas dichas públicamente.

Y esto no es, claro está, añorar ninguna literatura de macuto. La defensa del Alcázar y la acción de las Brigadas Internacionales ocurrieron hace ya muchos años. Perviven en sus contemporáneos quizá como experiencia normativa. Para nosotros, los «posteriores», son hechos importantes que necesitamos integrar a siglo y medio de historia española y, de forma más precisa, a los años que «nos han sido dados» —¿o no?— para que intentemos hacer la nuestra. ■ J. M.



Soto 79